

JUAN PLA y los leones



CONJURADOS los leones ante las urnas, la mojada selva de ayer, «día de la Constitución», fue cabal en el cumplimiento de las previsiones establecidas. Las fieras no se comieron a las delicadas gacelas que hacían cola mansamente en sus respectivos colegios. Quiero decir que los rebaños terroristas de los búfalos desestabilizadores no dieron la matraca en demasía, ni arrollaron, en general, las mansas procesiones de los peatones votantes. Todo va bien, señora baronesa. En el centro de la meseta, donde se recibían los resultados, reinaba la concordia y nuestra predestinación a la bondad civil era un poema, un acróstico fundamental o, simplemente, un canapé periodístico de consenso al whisky.

UNO de los motivos medulares de mi alegría era el siguiente: En mi modestia, he luchado denodadamente, desde hace años, por el advenimiento de la libertad. Dicen hoy mis contertulios laborales, directores y amos de este periódico, «reserva indígena del todo por la Patria», que, a partir de hoy debemos marchar todos juntos por la senda constitucional. Me opongo alegremente, a plena conciencia y a pleno consenso testicular, a dar un solo paso por la mencionada senda si algunos compañeros no se retractan de lo que han dicho acerca de mí o, al menos, si no me devuelven las alpargatas de la honra. Yo no he sido nunca de derechas. Nunca me han caído bien los ultras. Por otra parte, siempre dentro del talego de mi humilde condición económica, por la gloria y por el sano predicamento de mi difunto padre, sanísimo enemigo de la dictadura, y por la decencia de mi madre, que está padeciendo otros «cuarenta años» de soledad e ingratitud, juro no sumarme nunca a la procesión de los elefantes sagrados y gubernamentales. Pertenezco a la base, compañeritos, aunque podría escribirle los discursos a Suárez, mejor que Anson, mejor que Omega y mejor que Meñá.

LA calumnia y el bulo, además, acaban de recaer sobre mi vida privada. Jamás, durante la dictadura, anduve a la greña o ante los tribunales con mis compatriotas o con mis prójimos colegas. Ahora, si... Irremediablemente, hasta que se haga justicia y se sepa —y se publique— la verdad redonda y pelada de mi absoluta inocencia en los presuntos delitos de «golpismo» o sedición desestabilizadora del Estado de derecho que estamos construyendo, entre todos y para todos. Si esto no llega a esclarecerse, sólo cabrá alzar un monumento a la perversidad y a la mentira de quienes han inventado el infundio y han pretendido incluirme en las presuntas y delincuentes facciones de la involución y del retorno a la catástrofe civil.

SOLO me resta advertir, sin ánimo de asustar a nadie, que todos aquellos ciudadanos, periodistas o lectores que hayan usado mi nombre y mi honra en comentarios que pudieran presuponer mi implicación en la «operación Galaxia», fueren de la base o fueren de la cúpula gobernante, deberán rectificar a tiempo, porque la Constitución, entre otras virtudes, me ha devuelto la soberanía y está de mi parte. Aviso a navegantes del bulo, de la delación y de la insidia. Aviso también a los ignorantes que pudieron tragarse la bola, sin mayor capacidad de análisis o investigación. Aviso, concretamente, a Guillermo Morán, de la extinta revista «Por Favor»; a Fernando González, de la revista «Triunfo»; a Bonifacio de la Cuadra, cronista madrileño para «Última Hora» de Palma de Mallorca, etcétera, y les aviso cordialmente: No interpongo querrela. Sólo les pido que den la cara. Sólo quiero hablarles de libertad, que es lo que siempre he buscado..., y les invito a que vean mi casa, mis ideas, mis trabajos y mis alegrías internas. Puerta abierta...

